



**Francisco Simón Francisco**  
**Auxiliar de Investigación**

## **Caravanas de migrantes... ¿nuevas formas de movilidad o estrategia de intervención?**

Las caravanas de migrantes no son nuevas. Basta revisar la historia de poblamiento y colonización en América para reconocer su carácter ancestral; desde los pioneros que se dirigían al oeste hasta las caravanas de europeos que llegaron a Guatemala en la era liberal o de los grupos de indígenas sometidos a los regímenes de trabajo forzado.

En la actualidad el carácter multitudinario se refleja en imágenes de embarcaciones repletas de refugiados sirios, contingentes de venezolanos saliendo de las fronteras nacionales, cubanos varados en zonas fronterizas de la región, africanos tratando de llegar a Europa y más recientemente de centroamericanos recorriendo México.

En el corredor migratorio de Centro América y Estados Unidos la migración irregular se constituyó en una tendencia dominante, particularmente entre los años de 1980 y el 2015, millones migraron, pero cada uno lo hacía por su cuenta; financiaba su propio viaje, buscaban las formas de evadir los controles migratorios, migraban solos o con el apoyo de un “coyote” (64% según OIM, 2013). Eran comunes las fotografías de miles de migrantes sobre los vagones de los trenes de carga en México (“la bestia” como le nombraron). Eran multitudes, pero no caravanas.

Desde hace varios años fueron emergiendo nuevas expresiones organizativas y de reivindicación en

los procesos relacionados a la movilidad humana. Las primeras caravanas que surgieron en la región, eran de familiares de migrantes que replicaban el camino y el andar de sus familiares para buscar a sus hijos desaparecidos, sobre todo desde que México se convirtió en lo que el padre scalabriniano Flor María Rigoni denominó un “cementerio sin cruces”. (El financiero, 24/04/2015).

Las caravanas de familiares de migrantes salían desde El Salvador y Honduras y su experiencia sentó las bases para una nueva estrategia: migrar simultánea y organizadamente en caravanas. Como en los viejos tiempos, pero en contextos diferentes.

El 13 de octubre del año 2018 se identifica como el inicio de esta nueva estrategia migratoria, cuando un grupo de 3 mil hondureños conformados por hombres, mujeres, niños, personas con discapacidad o familias completas salieron de la ciudad de San Pedro Sula con destino a Estados Unidos, cuando llegaron a México eran ya casi 11 mil porque se sumaron migrantes salvadoreños y guatemaltecos. Esta primera caravana asombró al mundo y provocó a nivel local una serie de apoyos, resignificaciones, desafíos y situaciones inéditas en la historia contemporánea de las migraciones irregulares.

A partir de aquella fecha, en aproximadamente 4 meses, se han registrado más de 8 caravanas de migrantes que representa aproximadamente 20 mil personas. Las caravanas están desafiando el sistema migratorio en la región, están demandando recursos para su atención y cambiando de alguna manera la opinión de la ciudadanía, principalmente en México, que los ven con recelo y, probablemente, como una amenaza.

A nivel gubernamental las caravanas generaron distintas reacciones. En los países de origen se argumentó que eran grupos de personas manipuladas por intereses políticos; las

autoridades migratorias mexicanas los dejaron transitar, apoyaron su estadía en el país y plantearon programas de asilo y regularización, pero en el país de destino, la reacción fue estratégica y política.

El que mayor provecho ha sacado hasta el momento para posicionar el tema fue el presidente estadounidense Donald Trump, quien no sólo ordenó la movilización de 6 mil soldados a la zona fronteriza, sino argumentó que esas y futuras caravanas justificaban el endurecimiento de las políticas migratorias y demandaban el financiamiento para la construcción del muro.

No existe claridad acerca de quienes coordinan, dirigen o financian estas caravanas, se ve la solidaridad de las históricas instituciones como la iglesia, la sociedad civil y los organismos internacionales; lo cierto es que se están constituyendo en nuevas formas de movilidad humana en los tiempos de globalización; están demostrando que, de manera colectiva, tienen más posibilidades y menos riesgos de migrar; que resultan menos oneroso, pero también las caravanas están sirviendo de argumento perfecto para justificar el cierre de fronteras, el cuestionamiento de los acuerdos de libre movilidad en la región y el debate crispado entre republicanos y demócratas en torno a las políticas migratorias.

Las caravanas están siendo, de alguna manera, instrumentalizadas, en el debate político migratorio en el país de destino, justo previo a las elecciones legislativas; también son el argumento perfecto para la gestión de más de US\$ 5 mil millones de dólares para la construcción del muro, elemento clave para el cierre de programas de asilo y refugio, en una carta de renegociación de algunos programas como DACA y el TPS y en un instrumento político republicano para llevar más elementos que justifiquen el cierre de las fronteras y el olvido de discusiones políticas pendientes

como la reforma migratoria y la regularización de 11 millones de migrantes que carecen de la documentación requerida en los Estados Unidos.

En todo caso, las caravanas son el claro reflejo, según mi criterio, que el Plan Alianza para la Prosperidad no ha funcionado como se definió desde los intereses estratégicos de Estados Unidos; además, están demostrando que las causas de la migración centroamericana siguen vigentes y que, ya sea de manera individual o colectiva, las poblaciones desesperadas por las crisis estatales y económicas de los países de la región seguirán buscando las rutas de la migración.

